

Contra la confusión

ANTONIO GARCIA-TREVIJANO

«Giro a la sociedad»

LOS españoles estamos habituados, desde hace más de medio siglo, a no esperar sinceridad o inteligencia en las palabras del poder, o sobre el poder. La dictadura y luego la transición han terminado por crear en la sociedad una tercera naturaleza, por encima de la animal y la cultural, que nos permite vivir y sentir lo público sin recibir de las palabras políticas la más mínima emoción que las conecte con nuestra personalidad. Es un modo de incomunicación social mucho más pernicioso que el de vivir en un mundo de mentirosos. La cruda mentira es tan franca como la verdad. Al negarla constantemente, nos pone constantemente ante ella. Fue el caso del franquismo. Pero la cocida mentira de la transición es de otra índole. Tan tonta como toda mentira, pero tan retorcida como todo fraude. Lo que me empuja a escribir sobre asuntos públicos no es la necesidad de denunciar la mentira del discurso político en el poder, la oposición y los medios de comunicación, cosa que tarde o temprano se descubrirá como en Italia, sino el impulso instintivo de conservar, en mí y en los demás, la frescura del pensamiento social en medio de la degeneración del lenguaje mismo. La expresión «giro a la sociedad», lanzada por el jefe de Gobierno, es buen motivo para esa gimnasia mental.

En sí misma, no significa absolutamente nada. Pero situada en el contexto que la enmarca es un fraude ideológico. Se puede girar la dirección política, desde el centro, hacia la derecha o la izquierda. Pero si un jefe de Gobierno dice, después de doce años de ejercicio y con el retorcimiento que lo define, que su política debe girar hacia la sociedad, está lanzando un mensaje de algo imposible de cumplir, sin darse cuenta de que, con ello, está confesando que hasta ahora ha gobernado de espaldas a la sociedad. No hacia falta que lo confesara. Las huelgas generales ya lo habían hecho por él. Pero donde está el fraude no es en la mentira de toda su política pasada, sino en la promesa de girar hacia la sociedad en su política futura. Eso es tan imposible de cumplir como el cambio del cambio, que en el fondo contiene la misma inverosímil promesa. Aunque no se quiera, o no se sepa, siempre se gobierna a favor de una parte de la sociedad y en contra de otra. Decir «giro a la sociedad» equivale a decir «giro al bien común» medieval de Santo Tomás. Pero no es de esa imposibilidad de los fines, que fue pretexto ideológico de todas las dictaduras, de la que quiero hablar. Sino de la imposibilidad de los medios políticos, de la imposibilidad de que el «régimen» pueda dar «un giro a la sociedad» desde el gobierno del Estado de partidos.

No se puede gobernar para la sociedad civil con un aparato de poder especialmente concebido y organizado para el gobierno de la sociedad política. Se acaba de celebrar en los cursos universitarios de El Escorial el veinte aniversario de la Junta Democrática. Y ha sido unánime el criterio de los participantes de que la novedad de dicho movimiento, y el secreto de su éxito en el combate por las libertades, estuvo en su fuente original de emanación: la sociedad civil. Pero la Junta fue liquidada por el PSOE y el PCH, en nombre de esa colosal mentira de la ruptura pactada, justamente por eso. Por su fidelidad a la sociedad civil, por la subordinación ideológica y programática que la Junta hacía de la sociedad política y del Estado a la sociedad civil. Esos partidos de la falsa izquierda política querían lo contrario. Y por eso se entregaron, con las armas y bagajes conquistados por las Juntas, al proyecto de los falangistas que querían lo mismo que ellos. Permanecer (unos) y entrar (otros) en el Estado, para subordinar desde allí la sociedad civil y sus aspiraciones democráticas, a una sociedad política organizada en beneficio exclusivo de un oligopolio de partidos. Si el Gobierno quiere girar a la sociedad, que empiece por devolverle, en prueba de arrepentimiento, la representación política que le ha robado con el sistema proporcional.

TRIBUNA LIBRE

Madre y abuela en la vida

[JAVIER SADABA]

LA italiana Rosanna ha sido madre a los 63 años. Ha sido madre inseminada artificialmente. Y ha batido el récord. Es la madre más vieja del mundo que ha dado a luz un niño; un niño que se llamará Ricardo. El Vaticano ha reaccionado con rapidez condenando el procedimiento. Y ha dado una razón suprema —suprema, claro, para el Vaticano—: el nacimiento, que ha necesitado la inserción de un óvulo ya inseminado con la consiguiente cesárea, transgrede las leyes de la naturaleza y, así, transgrede los planes de Dios. Planes que se manifiestan a través de los ritmos biológicos naturales. Una cosa es ser hijo, otra ser madre y otra ser abuela. Lo que va contra los designios divinos es ser madre-abuela. Como iría contra tales designios ser hombre-mujer. Cosa que, por cierto, ya han dicho. ¿No iría contra dichos propósitos ser varón fértil y célibe, por ejemplo? En absoluto. Dios —responden— tendría sus especiales excepciones.

Dejemos, sin embargo, los misterios del cielo y vayamos a los problemas de la tierra. ¿Qué decir ante un hecho como el que acaba de suceder en Italia?

En primer lugar, debemos ir acostumbrándonos a cierta individualidad compartida. Entiéndase bien. No digo que los individuos puedan compartir, como sería deseable en los Estados, su soberanía. Lo que digo es que

un individuo puede provenir de distintos individuos o partes de individuos, de tal manera que se rompa la descendencia habitual en la que cada uno aparecía radicalmente separado de cualquier otro. Un caso semejante sucede con la donación y transplante de órganos. (Francia, v.

la naturaleza tengo la impresión de que lo que se quiere decir es que no cumple determinadas funciones sociales. Así, por ejemplo, una señora mayor es, o puede ser, en nuestra sociedad, una abuela y no una mujer en edad de conquista juvenil o posible madre de uno o varios hijos. Con las correspondientes funciones que tal estado comporta. En cualquier caso, se podría seguir insistiendo en que la tarea social se funda en la natural por lo que, en el fondo, todo remite a si debemos respetar ciertos límites u órdenes biológicos (al menos a la altura de nuestro tiempo. Las cosas fueron muy distintas obviamente con los homínidos e incluso con el homo sapiens. Es de suponer que también serán distintas con lo que se conoce ya como el futuro homo sapiens sapiens). Nos vemos, er suma, retrotraídos de nuevo al problema del límite y a la respuesta moral que hay que dar al respecto.

gr., no hace mucho, ha promulgado una muy elaborada ley al respecto). Todo lo cual no tiene por qué asustar. Es un paso más de la ciencia, un reencuentro entre lo natural y lo artificial y una forma de concebir a los seres humanos de modo interdependiente.

El asunto, como siempre, es el del límite. Esa es la palabra mágica. El asunto, en suma, es el «hasta dónde?». Y ello nos lleva directamente al problema de la madre-abuela.

Cuando se dice que la madre-abuela no respeta los límites naturales o el orden de

Antes de nada conviene decir que es un error casi siempre optar, en moral, por respuestas tajantes. Es más prudente enfocar la mayor parte de los casos de manera gradual. Tampoco habría que olvidar que necesitamos un Comité de Bioética que, realmente, posea autoridad ante los ciudadanos. (En España la ley de reproducción asistida empieza a quedar anticuada, no se han desarrollado, a lo que parece, las comisiones correspondientes y, sobre todo, no se ha logrado, al revés que en otros países, contar con una

CARTAS

Las cartas enviadas no excederán de veinte líneas mecanografiadas. EL MUNDO se reserva el derecho a resumir o refundir los textos. EL MUNDO podrá dar contestación a las cartas dentro de la misma sección.

Vida después de la muerte

Sr. Director:

Apelo desde estas líneas a la sensibilidad humana que todos sin excepción llevamos dentro, para que en un futuro inmediato no veamos en nuestras televisiones más caras angustiadas por ver que se les va la vida irremisiblemente, a ellos o a un ser querido, al no tener a su alcance un órgano para su trasplante que pueda suplir al suyo mortalmente enfermo.

Expresemos en vida la

voluntad de donar nuestros órganos, que si un imprevisto accidente nos manda ante el Todopoderoso, alguien pueda seguir viviendo gracias a nuestra generosidad.

EMILIO SANTAMARIA COCA
Barcelona

*

Xabier Arzalluz y la bandera española

Sr. Director:

El presidente del PNV, Xabier Arzalluz, en la conferencia que celebró en Bilbao con motivo del centenario de la «ikurriña», salió al paso de los calificativos de «juventud» que se atribuyen a la bandera inventada por el independentista Sabino Arana Goiri, recordando

que la bandera española data de mitad del siglo XIX, y por tanto «sólo es un poco más vieja que la «ikurriña» que nació en 1894».

El señor Arzalluz ha cometido un error al hacer estas afirmaciones, ya que la enseña roja y gualda fue creada en 1785. La bandera española se eligió de entre doce diseños que presentó a Carlos III su ministro de Marina, el almirante Frey, don Antonio Valdés, y por Real Decreto dado en Aranjuez el 28 de mayo de 1785 se resolvió el concurso eligiendo la bandera roja y amarilla, en su tonalidad gualda. La enseña era para los buques de guerra, ampliándose por las

Ordenanzas Generales de la Armada Naval de 1793 su uso en las plazas y castillos. La bisneta de Carlos III, la Reina Isabel II, en 1843 mantuvo la bandera rojigualda, abandonando, como lo hiciera su bisabuelo, el color blanco de su dinastía.

EDUARDO PALOMAR BARO
Barcelona

*

¿Quién apoya a los estafados de PSV?

Sr. Director:

En los amargos días vividos por los cooperativistas ante la Audiencia Nacional, hemos contemplado consternados cómo los tres partidos políticos mayoritarios; Joaquín Leguina, que yo creía